



El Salón de Otoño



LA Asociación de Pintores y Escultores ha llevado a cabo una de las empresas más difíciles que pueden ponerse en práctica, en materia de Bellas Artes, en este nuestro difícil ambiente artístico; ambiente de individualismo por temperamento y de poca fraternidad. El artista español es, seguramente, el más difícil, como persona, para formar parte de organizaciones y concursos. Hijos del medio ambiente, en España no había manera de que cuajara la fuerte organización de una necesaria Asociación de artistas que fuera el punto de partida de la defensa de los intereses morales y materiales del movimiento artístico español. Y cuando menos se esperaba; cuando menos circunstancias halagüeñas podía contar la Asociación de artistas; cuando tenían menos medios para poder lanzar un grito de júbilo diciéndole al público: «nosotros vamos a terminar con el descontento de los artistas en general, con una Exposición de carácter independiente, con las puertas abiertas a todo el mundo», la Asociación de Pintores y Escultores corre, solicita, se une con los asociados y con los que no lo son, invita a veteranos y a los que empiezan, a los tradicionalistas y a los que han traído las tendencias más atrevidas, y en poco tiempo, menos de tres meses, ofrece al público de Madrid una Exposición de Pintura, Escultura, Grabado y Dibujo, formando un total de obras de noventa y cinco y nueve, que si no ha sido precisamente en conjunto definitiva, es lo suficiente para que la Asociación se crea con un perfecto derecho a sentirse orgullosa de tan noble y admirable esfuerzo. Porque con esta Exposición se han conseguido tres grandes cosas: el acercamiento del público con toda tendencia artística y, por consiguiente, con todos los artistas que desean luchar; un principio de buen compañerismo, respeto y fraternidad entre los que van por distintos caminos, pero a un mismo fin; y un futuro triunfo de la necesaria y gran organización de las definitivas Exposiciones internacionales que se deben celebrar en España. El arte tiende, como casi todas las manifestaciones de la vida moderna, a ser un lenguaje de sentimiento universal, con una estética libre de todo prejuicio local; variará el modelo, el motivo, pero no el concepto de buscar sensaciones interiores. De esta gran lucha actual, de estas grandes inquietudes, es muy probable que salgan grandes artistas. Todas las grandes revoluciones han tenido un período de horribles medios para llegar al ideal; toda transición en arte fué siempre una época de buenos y malos tanteos, abundando, claro está, las equivocaciones, las llamativas equivocaciones. Y esto es precisamente lo que más se ha visto en la Exposición de Otoño; los difíciles tanteos de todos aquellos jóvenes ansiosos de manifestarse; las dudas

de otros muchos que empiezan a dudar si seguir las enseñanzas de un arte clásico, o entregarse a la corriente del concepto moderno, que como un aire suave y de suaves aromas se va filtrando en el espíritu de los que tienen una mayor sensibilidad; otros que ya están en el momento difícil de dejar la imitación al maestro que han seguido y dar la nota personal; y otros que se preocuparon tanto de la originalidad, sacrificando todo impulso interior, que será difícilísima su rehabilitación, su encuentro consigo mismo también los hay sin temperamento, imitadores serviles de aquellos que acusan una personalidad enorme; lo más difícil de seguir. Todos estos motivos se manifestaron en el Primer Salón de Otoño.

En los retratistas es donde se vió más arraigada la tradición, el concepto clásico; indudablemente, pesa demasiado el valor colosal de Velázquez, Tintoretto, el Greco, Zurbarán, Ribera, Murillo y otros, que dejaron en nuestro aprendizaje por el Museo del Prado unas huellas profundas de sensación real y de gran arte; un arte que podremos dejar atrás, pero que, a cualquiera distancia que nos paremos en el camino, los veremos a una altura tan incommensurable que no podremos perderlos de vista.

En los paisajistas sí se ha adelantado mucho en concepto; son más decorativos, más estilización en la forma y en el color y, sobre todo, más sentimiento por el sentimiento del paisaje, menos sentimiento por la construcción técnica; el resultado de un estado de alma, y no la premeditación por un fuego de una bien aprendida técnica.

En los retratos y cuadros de figura los hubo muy notables entre la numerosa serie de jóvenes que figuraron en este Salón. Recordamos los de Miguel Angel del Pino, de una suave y estética sensación clásica de pintor de sociedad, y que, sin llegar a ser amanerado ni dulzón, peca un poco de pintura amable, un poco ajustado a lo que pudiéramos llamar *sentimiento de clase media*; pero ya digo son retratos de buen gusto y de un sentimiento sano de literatura. Jaldón, el joven pintor andaluz, es otro artista notable, que avanza y domina cada día más su arte, interpretado con un sentido de muy humano naturalismo y de un concepto moderno, libre de toda influencia perniciosa y contraria a su espíritu de serenidad y cariñosa visión de la vida. Cruz Herrera está mejor que en la anterior Exposición nacional; ha afinado su manera de empastar, ha hecho más finezas con sus figuras, dejando mucho de aquella sequedad de color, y se le ve con más amabilidad en sus coloraciones, porque tienen más calidad sensible y nos hace esperar grandes triunfos por sus grandes condiciones de pintor. Su cuadro titulado «Retrato de Julita Calleja» es una de las obras más aceptables y mejor pintadas de la Exposición. Santiago Martínez sigue sosteniendo nuestra esperanza de que muy pronto le hemos de aplaudir como a un gran pin-